

NOTAS PARA EL DIA- LOGO

La incógnita de un problema puede ser resuelta falsamente si nunca se llega a la definición exacta y a la visión objetiva de la misma problemática que se intenta subsanar. A veces, es posible que los mayores obstáculos para despejar ciertas interrogantes, no se levanten en torno a los medios de solución, sino alrededor de la naturaleza exacta del problema que deseamos esclarecer. Amenaza el peligro de pasarse grandes jornadas corriendo hacia un determinado punto, para apagar un incendio que arde cruelmente en otro sector mucho menos atractivo y humilde. La difícil —casi inaccesible—, virtud de la sinceridad total será el gran recurso, en todo caso, para arribar a la luz. Sobre todo, cuando el vocerío snobista y la propaganda en cadena se ceban obscuramente sobre ciertas heridas de actualidad, tenemos obligación de contra-reaccionar en claridad y calma.

Es verdad que existe el problema de la juventud. Está ahí, y no podemos entornar los ojos a su presencia. No niego su objetividad dolorosa. Lo que quiero examinar es la posición nuestra, la actitud de los que pudieramos hacer algo positivo para remediar y reconstruir. No quiero criticar ni juzgar. Presento estas líneas para entablar un diálogo que me sirviera para revisar lo pasado y colaborar en lo futuro.

**¡Ya
está
bien
de
JUVENTUD!**

Manuel Prados, S. J.

Y es que cabe la duda de que quizá, tal vez, hayamos "jugado" con el problema de la juventud, inconsciente, irresponsablemente.

En torno a los hospitales, a las clínicas, se exige silencio y asepsia total. En esas salas se opera para salvar la vida y la salud, entre dramas de dolor y sufrimiento. En estos ambientes están de sobra los periodistas, los propagandistas, los gestos oratorios, el folklore barato y, por supuesto, los intereses económicos bajo cuerda... Casi todos los paralelismos pueden pecar, inexactos y forzados. No obstante, aun concediendo algún margen de inexactitud, procede levantar sin ambages, con brío respetuoso, esta pregunta: ¿En torno a la crisis juvenil, tan dolorosa e íntima, no estaremos acumulando demasiados ruidos, demasiado barullo, demasiada poca asepsia?... La pregunta hay que lanzarla aunque, a lo mejor, se quiebre el propio tejado. Todos tenemos muy frágiles tejas.

Se está hablando tanto, y escribiendo tantísimo, sobre: los jóvenes, la adolescencia, la crisis juvenil, los peligros de la juventud, la necesidad de ser siempre joven... que, recibimos la impresión de estar rozando los límites de la saturación. Y cuando se oye crujir el hastío de esta saturación, es sazón de investigar la trayectoria que nos abocó hasta ella (1).

Los vientos de antaño

El nazismo y el fascismo mimaron, a escala ilimitada, a los jóvenes alemanes e italianos. Esta táctica se hizo norma política para todas las naciones europeas. Lo mismo que el marxismo ha-

bía explotado el desequilibrio injusto causado por el capitalismo, para ganarse a todos los obreros del mundo, se insinúa, en esos años, algo parecido respecto a la juventud. Nada más dinámico y explosivo que la vitalidad desbordante de los jóvenes y que la represión amarga del obrero postergado. Son dos energías capaces de inundarlo todo, imponiendo el imperio más costoso y extenso que se pueda imaginar. Tanto los pobres como los muchachos son materia propicia para conquistar, para medrar, para fundamentar entidades que, sin ellos, caerían por su propio peso, por su propia falsedad.

La mejor manera de combatir el comunismo es la creación de nuevos propietarios capacitados técnica y moralmente para acrecentar y mantener su nueva propiedad. En una palabra: la tempestad roja sólo se podrá conjurar borrando el pauperismo y la miseria... ¿Hasta qué grado, y con qué matización real, podemos afirmar otro tanto sobre el fraude político o social que se comete al "manejar" a la juventud? Las técnicas fascistas, nacistas, pasaron. Pero los viejos vientos propagandísticos pueden aparecer con tonalidades inéditas, en ondas nuevas. Y desde luego, los intereses y las intenciones se pueden mantener idénticos, tan añejos como el viejo egoísmo secular de esta humanidad caída. Según eso, si propugnamos borrar el pauperismo para asfixiar al comunismo, ¿debemos mantener el paralelismo establecido y borrar también a la juventud? ¿Borrar... en qué sentido?

Viejas brisas

Los vientos de antaño—llámense nacistas o comunistas—, sólo levantaron marejadas y polvaredas, en todos los terrenos. No hay más remedio que recurrir a brisas serenas, vulgares y sin originalidad, pero capaces de sosiego. Muchos problemas actuales se ventilan mejor con el aire lento que corre al

(1) Sobre toda esta temática apareció una obra magistral que, por desgracia, no ha tenido la difusión que merecía: «*La incógnita de la juventud*», por Mons. VICENTE E. TARANCON, Madrid 1957.

considerar las generaciones antiguas, muy pretéritas. Y la perspectiva que nos da el estudio de las edades pasadas es que, siempre hubo jóvenes y viejos, pero que nunca afloró tan refleja y explícitamente, la juventud en cuanto tal, como sucede en nuestros días.

En las sociedades antiguas, el paso de la niñez a la madurez adulta era rápido, casi sin período intermedio. En algunas tribus se daba una especie de iniciación tras la cual el niño era considerado hombre maduro, con todos los derechos y deberes de los demás adultos (2). Todavía, en ciertos medios rurales de nuestra época, el fenómeno de la adolescencia es relativamente corto y pasajero. El zagal que el año anterior asistía a la escuela, lo vemos ahora unciendo la yunta, y abriendo besana detrás de los gañanes veteranos. El trillerillo que canturreaba dando vueltas sobre la parva, ha aparecido este verano barcinando como cargador; y el año que viene lo veremos de carrero. Con lo cual se adquiere, incluso antes de ser llamado a la "mili", un puesto de consideración entre los hombres del pueblo.

Las viejas brisas que corren desde las antiguas laderas pueden aportarnos la visión de una sociedad más natural, en la que este período de la adolescencia, si no puede ser borrado, por lo menos fuera acortado lo más posible, en su duración, mediante una iniciación en el trabajo de responsabilidad y en las tareas profesionales, aunque para eso haya que romper configuraciones y estructuras vigentes.

El abrir a los muchachos posibilidades de trabajo manual, de tal forma que, al par de su bachillerato, consiguieran título de: delineante, electri-

cista, mecánico, etc. sería un gran paso. Conseguirlo, mediante clases complementarias nocturnas, no sería obra de titanes... Enseñarles a estudiar y animarlos para que en un año pudieran hacer dos cursos de carrera, con la ilusión de fundar un hogar a corto plazo, no creo que sea algo totalmente utópico. Mucho más si se les pudiera conseguir ciertas facilidades en los exámenes.

Tanto la adquisición de un oficio manual, en el bachillerato; como el esfuerzo heroico por aminorar los años de carrera, pudieran traernos la imagen fresca de unos bachilleres desaburguesados que ganan un poco de dinero por propio esfuerzo, y sobre todo el cuadro olvidado de matrimonios jóvenes, con menos de 25 años (3).

Comprendo que la situación actual es mucho más complicada de lo que pueden reflejar estas líneas que, por ser escasas y cortas, tienen que parecer ingenuas. No obstante, debemos comenzar la lucha, sea como sea, para borrar o disminuir ese largo y cálido período juvenil que, para un porcentaje cada vez mayor, se abre a los 14 años y sólo se cierra tras los 30. En este sentido, cabe la afirmación: lo mismo que se debe borrar el pauperismo, debemos borrar la larga juventud. Por lo menos, concedamos que tal longitud es una consecuencia anormal e injusta, de esta sociedad alejada de lo sanamente natural. Y en consecuencia lógica, tratemos a los jóvenes de tal forma que, cuanto antes dejen de serlo... No se me escapa imaginar el desagrado que esta última frase puede originar. Invito a considerar lo que entiendo en estas li-

(2) Cfr. M. SEYLER, «Cette invention moderne: L'Adolescence», Science et Avenir, núm. 203, p. 42 ss.

(3) Las razones que Marañón daba, hace ya bastantes años, propugnando los matrimonios jóvenes, adquieren hoy nuevo valor, desde todos los puntos que se las considere. Cfr. «Ensayos sobre la vida sexual», p. 181 ss. Madrid, 1929.

neas por juventud, y también a reflexionar un poco sobre si no será ya la hora de revisar esa rutinaria escala de valores que, sin más, contrapone cualidades juveniles y defectos de adultez, a base de convertir en absoluto algo que, por su naturaleza, es relativo.

Auras perennes

Aquellos doce hombres no dudaban de estar tratando algo trascendental, nada pueril. Algo tan importante como planear los diversos cargos y rangos del gran reino mesiánico. Ilusión de poderío terreno. Hirvientes imágenes de conquista imperial. Crisis de unos discípulos jóvenes que no acaban de captar el sesgo sobrenatural del Reino de Dios. Incomprensión hacia el Maestro que ha venido a servir, y no a ser servido... ¿solución?: Jesús toma en brazos a un chipilín. El nene, sentado en las rodillas del Señor, se sintió feliz. Ni se dió cuenta de que el Maestro daba una profunda lección refiriéndose a él. A los discípulos les debió de sonar duro aquello de que, si no se hacían como el pequeño, se despidieran, no ya de mandar, sino incluso de entrar en el reino. Y la imagen del niño no se quedó en sus mentes cargada precisamente de simpatía. Tendrá el Maestro que reprenderles y mandarles que, por nada, ni bajo ningún pretexto, impidieran a los chiquillos acercarse a El. En el soñado Reino del Mesías, los pequeños tendrían un lugar de importancia.

Pregunto: ¿Para solucionar la crisis de la juventud hemos pensado seriamente en la infancia? Sería interesante comprobar con datos estadísticos la existencia de un descenso actual en la atención pastoral hacia los niños. La verdad es que, algunos nos hemos casi burlado de la Cruzada Eucarística, de la Santa Infancia, y de organizaciones similares. A veces, hemos mirado, quizá con cierto desprecio y conmiseración, a los sacerdotes y religiosos que

se dedican a la formación de los pequeñillos. Ciertas congregaciones que, de suyo, estaban establecidas para agrupar a los niños de los primeros cursos de bachillerato, han ido derivando hacia los muchachos de cursos intermedios. ¿Todos estos datos si hubiera lugar para comprobarlos detalladamente, resultarían evangélicos?... Los respetables teólogos pontificios, Laínez y Salmerón, recibieron instrucciones de S. Ignacio para que simultanearan las tareas conciliares con la enseñanza del catecismo. He ahí un dato muy sabido, y muy poco meditado (4).

Habría, pues, que prestar una mayor dedicación a esta masa humana tan humilde y vulgarcita: los chiquillos. Y eso, no sólo porque la sicología profunda está enfocando hacia esa edad toda su atención, como núcleo decisivo de todos los conflictos posteriores, sino sobre todo, porque Cristo lo encargó en forma explícita... Sería útil la revisión de nuestros métodos catequéticos, analizando hasta qué grado hemos logrado que los niños se sientan satisfechos en las funciones religiosas. Si el pequeñín experimenta alegría y bienestar en sus primeros contactos con la religión, difícil será que se le borre ese recuerdo. Una mayor exigencia en la preparación para las primeras comuniones se está imponiendo en muchos sectores de nuestra sociedad. Si el niño capta —él no piensa con ideas abstractas—, que dentro de la Iglesia ocupa su sitio de preferencia, y que junto a los pobres, constituye el objeto de predilección, habremos logrado algo trascendental y definitivo.

Cambio de escala

Sería bueno, por consiguiente, realizar un cambio en la escala de valores

(4) Cfr. Obras completas de S. Ignacio, B.A.C. pág. 670, Madrid, 1963.

que consideraba: a la infancia en graderíos ínfimos, a la adultez ridiculizada entre sombreros cavernícolas, y a la juventud —¡divino tesoro!— como estadio absoluto e ideal de la vida. Más bien, como en las sociedades primitivas, más naturales y sencillas, la niñez colocada en ambiente de veneración y simpatía; la adultez como estadio ideal, casi absoluto, de una vida cuajada en responsabilidad; y la adolescencia sería un tránsito rápido y relativo a la edad del hombre maduro.

Admito, de grado, las dificultades que hoy entrañan todas estas ideas si se quieren poner en práctica. Pero opino que algunos puntos, por ejemplo: entausar el entusiasmo por el deporte hacia la ilusión por el trabajo manual, no serían rechazados por gran número de muchachos, sino al contrario. Lo mismo se diga de otras ideas apuntadas, o insinuadas con rapidez... De todas formas si se presenta algún escozor cabría sospechar que el dedo rozó la llaga.

